No dudo de que la Virgen Inmaculada haya suscitado los primeros apóstoles, haya aumentado y disciplinado las segundas milicias y prepare para éstas, gloriosos y próximos triunfos; no puede dejar de haber estrecha relación providencial entre el hecho de que el primer siglo en que la Iglesia, como corporación, adoró á María Inmaculada, fué el primer siglo en que seglares doctos y abnegados se consagraron por entero á la propagación de la verdad católica y á la defensa del derecho cristiano.

El mundo ahora, por voluntad de dos Pontífices, conmemora aquella gloriosísima declaración. ¡Que recuerde la Virgen de las Mercedes el mérito de los gloriosos defensores de la fe, cuya historia hemos esbozado, y suscite nuevas y poderosas milicias que, bajo la dirección de los Obispos, los príncipes legítimos de la Iglesia, guarden valientemente los puestos que se les designen, llena el alma de fe, el corazón de humildad y de esperanza!

En nuestro país sobre todo, en donde la Madre de Dios es ahora honrada con júbilo singular en su Concepción Purísima, agrúpense en torno del gonfalón de la Iglesia las milicias seglares. Hemos tenido predecesores y modelos. A pesar de las deficiencias de nuestra educación intelectual, defectuosa é incompleta como tiene que ser la de un país nuevo y pobre, lejano de los focos de civilización y espantosamente sacudido por las revoluciones, mucha luz y muchas fuerzas han dado á los cristianos las enseñanzas, unas veces elocuentes, siempre ortodoxas y sensatas, de ilustres seglares católicos. Echemos una ojeada á su historia.

XV

LOS AUXILIARES DE LA FE EN MÉXICO

XV

LOS AUXILIARES DE LA FE EN MÉXICO

Nuestra patria, hija legítima y predilecta de la piadosa España, heredó de ella el culto y el amor á la Inmaculada María. Sus santuarios embellecen en mil pueblos y ciudades el territorio; el nombre más poético de nuestras mujeres significa el misterio de la Concepción de la Virgen; y no hay oración salida de labios mexicanos que no concluya con una bendición á la Inmaculada Doncella.

Creemos que las milicias seglares son fruto de las gracias de María en su Purísima Concepción, y en el país de Hernán Cortés se confirma esa creencia. Vino la declaración del dogma y la clase laica comenzó también en México á dar soldados á la fe.

No mencionaremos sino aquellos que puedan servir de dechado, y callaremos los nombres de los vivos, por ameritados que sean, silencio tan natural que huelga su explicación.

Sin duda omitiremos también á algunos de los principales entre los dignos de alabanza; pero para nuestro propósito cumple ocuparnos sólo en los que vamos á retratar, si el nombre de retratos merecen nuestros groseros esbozos. No somos historiadores, sino simple-

mente traemos á cuenta, en comprobación de una tesis, ciertos hechos históricos.

El que entre todos los escritores laicos del país descuella por ser conjunto de prendas raras y preciosas, es Don Bernardo Couto. (1) Escribió poquísimo, como sucede con todos los ingenios mexicanos, si exceptuamos al Ilustrísimo Señor Munguía, á Alamán y á García Icazbalceta; pues parece que aquí sólo hemos tenido tiempo para ocuparnos en política, si somos hombres públicos, ó para murmurar muy por lo bajo del país y de los gobiernos, si somos hombres privados.

Pero lo que escribió Couto en materia religiosa ó sea el discurso acerca de la Constitución de la Iglesia, es incomparable. Estilo sobrio y limpio; es decir, perfectamente adecuado á la seriedad del asunto; plan uniforme, claramente concebido y fácil y metódicamente desenvuelto, con tintes de tradicionalismo (2) y fuerte color galicano, por efecto de la atmósfera de la época; pero presentado con tal viveza, fuerza y tino, que el error no aparece repugnante y la verdad subyuga al más rebelde.

A pesar de los defectos que hemos advertido, el discurso resultó obra apologética de primer orden. Si Lacordaire sacó inmenso partido del hecho solo de que la Iglesia perdure en medio del combate de las olas y vientos de los siglos, Couto convence más aún, penetrando en la naturaleza íntima de tan asombrosa sociedad, que fundada sin auxilio de ningún poder humano y desarrollándose sin apoyo en ninguna fuerza de la tierra, se ha propagado en todo el mundo, contra las pasiones, los instintos, las costumbres de la humanidad, y á pesar de la división de las razas, de la tiranía de los fuertes y de la volubilidad de las muchedumbres.

No podemos resistir el deseo de insertar algunas líneas, siquiera unas cuantas, del gran escritor:

"Si de la religión de las ideas—dice el señor Couto—bajamos á otro orden de cosas, el espectáculo que presenta la humanidad, no es menos desconsolador. Por todas partes la encontramos dividida en razas antipáticas entre sí, y en mil sociedades distintas, constituídas sobre principios opuestos, enemigas unas de otras, buscando cada una sus creces y medros á costa

de las vecinas, regidas por gobiernos que nacen, se levantan y desaparecen como las olas del mar. Todo división, aislamiento, instabilidad. Los intereses materiales, los goces de los sentidos, las satisfacciones del orgullo y de la vanidad no sólo buscados con ansia y promovidos con ardor, sino convertidos en virtudes y casi preconizados como el soberano bien. Esto es lo que se ve, echando una ojeada sobre la raza humana, y á la verdad que no era esto lo que se quisiera ver.

"Consideremos en contraposición el plan del cristianismo. Formar de los hombres de todos los orígenes, de todas las condiciones, de todos los pueblos una comunidad, ó más bien una familia, unida por el vínculo santo del amor, y á la cabeza de ella el Dios que se hizo hombre para hacernos á nosotros partícipes de la divinidad, y que desde los cielos preside eternamente como jefe al cuerpo de los asociados: difundir por todo este cuerpo los torrentes de expiación, de virtud y de merecimientos que de tal cabeza se derivan, y comunicarle una vida espiritual é interna, tan enérgica como la fuente de donde procede: ilustrar á esta sociedad con luminosas reglas de conducta, y con el conocimiento de nuevas doctrinas sobre Dios y sobre el hombre, sobre nuestro destino presente y futuro, sobre todo lo que más nos importa saber: dar á esas verdades el carácter de *revelación,* es decir de una comunicación inmediata de la Divinidad con la inteligencia creada y ponerlas así fuera de todo examen y toda duda: erigir en medio de la sociedad una potestad tradicional y permanente, dispensadora de la gracia vivificante del fundador, depositaria de su doctrina para enseñarla en todas las edades á todas las gentes, y mantenerla limpia de las nieblas con que pudiera empañarla el licencioso saber del mundo: comunicar á esa potestad (que es la Iglesia docente) el dón sobrenatural de la infalibilidad; y asegurar, por último, á la obra toda una duración igual á la de los siglos, no obstante que desde el primer momento haya sido, como su autor, *signo de contradicción* (*), blanco de todo género de ataques: tal es el plan del cristianismo, la idea gene-

(*) San Lucas, cap. 2, vers. 34.

ratriz de la Iglesia, el designio que está llamada á realizar entre los hombres. Cuando á la razón humana se mostró esto, cierto que se la levantó hasta la región de las concepciones divinas."

Y considérese que la virtud apologética del discurso del señor Couto, resulta como por accidente, pues al menos, al parecer, perseguía el fin único de demostrar que cierto proyecto regalista era atentatorio al derecho de la Iglesia; mas para patentizar éste, llegóse al origen de la divina institución y explicó su naturaleza singular con tan viva luz y tan consumada maestría, que se descubre por el menos bien dispuesto, precisa y claramente, el conjunto armónico y majestuoso del extraordinario edificio, y hay que exclamar mal de nuestro grado, que esa obra no es humana.

Precisamente el no perseguir el discurso un fin directamente apologético, da más fuerza á la apología, porque así lo bello, extraordinario y divino de la Iglesia, resulta de su propio sér y no del colorido que les presta el ingenio del escritor.

¡Bendito sea Dios que de pluma mexicana ha salido obra semejante! Su defecto único es su brevedad, ó más bien dicho, el defecto del autor está en que pudiendo escribir más, mucho más, si no mejor tal vez, haya reducido su labor á un breve discurso, por más que éste puede considerarse como incomparable presa.

Según Menéndez y Pelayo—crítico de irrecusable autoridad—"tal pieza haría la reputación del más encumbrado canonista," y en verdad que el elogio, con ser tan grande, se me antoja mezquino, quizá porque teniendo en México, en materia de ciencias y letras, tan pocas cosas dignas de alabanza, luego que descubrimos alguna, el entusiasmo nos hace extremar los aplausos.

Y por lo que toca al principal objeto (aparente al menos) del discurso, la cuestión de las regalías, ¡con qué claridad aparecen estas verdaderas usurpaciones y despojos! Leyendo esa obra el regalista tiene que declararse anti-católico ó dejar de ser regalista, y yo que confirméme, sólo con la provechosa lectura, en la vieja creencia de que las regalías son abusivas, tiránicas y grandemente corruptoras del clero y de los fieles, deduje como corolario que en nuestro país, entre las fa-

mosas prerrogativas de los antiguos gobiernos con los recursos de fuerza, y la actual independencia entre la Iglesia y el Estado, ésta es menos perjudicial y más aceptable, por más que no debe desearse como situación definitiva. Supongo que el señor Couto juzgaría lo mismo si viviese. (3)

Ojalá y en nuestras cátedras de derecho canónico se enseñase á los alumnos ese doctísimo discurso, llamándoles sólo la atención acerca de los errores tradicionalistas y galicanos; que con él no sólo tendrían acopio de sana y nutritiva doctrina, sino también modelo de estilo sobrio, castizo y claro, ahora que esas cualidades (la sobriedad sobre todo, que es la modestia del lenguaje) son tan raras y tan apetecibles.

Con pena nos despedimos del gran apologista. Quisiéramos, sin embargo, explicar cómo sus errores galicanos, culpa fueron de los tiempos, más que de su persona.

Si entre Francia y el Papa hasta 1819, en que publicaba José De Maistre el mejor de sus libros, se levantaba un muro de bronce, la influencia de Roma sobre las Américas era apenas la extrictamente necesaria para que no se desatasen del haz de los pueblos cristianos. La expulsión de la Compañía de Jesús trajo como natural consecuencia, el imperio en todos los dominios españoles del espíritu jansenista, que habían mantenido á raya aquellos incomparables soldados, y esa mala peste unida al regalismo de los juristas, alimentaba en todas partes, pero sobre todo en los centros de instrucción, cierta aversión á Roma, no franca, no traducida formalmente á ninguna doctrina heterodoxa, pero no por eso menos real y que naturalmente inclinaba los espíritus á dar más fácilmente ascenso á las opiniones galicanas de Bossuet, que al ultramontanismo de De Maistre.

Por eso cuando en 1825 corrió en la Reública una falsa encíclica atribuída á León XII, en la que se recomendaba á los Obispos de América predicasen contra la independencia de las colonias españolas, Couto escribió una disertación en destemplado tono, plagada de errores jansenistas, olvidándose del respeto debido al Pontífice, porque ese sentimiento era tan débil y frío, que aun en las almas de los buenos católicos cedía